

DE BUENAS LETRAS

Antonio Hernández

FRANCISCO LÓPEZ BARRIOS

De la Academia de Buenas Letras de Granada

Aquella noche Pepe Caballero Bonald bebía un oloroso con la parsimonia que le caracterizaba. Antonio y yo, un par de cervezas que actuarían como llaves mágicas de una noche más cargada de prodigios, casualidades y milagros que empezaban en el Oliver, prodigaban recaídas en el Café Gijón, en el Pub de Santa Bárbara o en el Dickens, un lugar remoto en el que Juan Benet y sus acólitos festejaban un elitismo que a veces desprendía un olor a garbanzo y caldereta muy lejano del dandismo anglosajón que ellos tanto admiraban. Eran españoles y eso, decía el Noni, marca casi tanto como ser andaluz por añadidura. El Noni, así, a secas. Para los amigos con los que compartía versos nuevos y bulerías viejas, bailadas con la estética vibrante que fue su patrimonio en la poesía y en la vida. Para Mari Luz, su mujer, que lo quiso hasta el final sin desmayos ni aspavientos.

Madrid era una fiesta; tartamuda, sí, pero una fiesta. Y el café Gijón, la catedral festiva en la que oficiaban tertulianos del pasado, ganadores de la Flor de no se sabe qué concurso pueblerino, o del presente, con bellezas sugestivas esperando que algún espontáneo las liberase de su aburrimiento mientras Paco Umbral, desde su mesa, próxima a

la puerta de entrada del Café, vigilaba la aparición de la ninfa que nunca llegó y él siempre quiso.

Una noche difícil, al salir de Oliver, espantamos a unos idiotas que golpeaban a Leopoldo María Panero. Le llamaban rojo y loco. Entonces el Noni pasó dentro del garito y unos minutos después llegó la ambulancia que se llevó a Leopoldo como quien lleva un fardo al vertedero.

Esa fue la madrugada en la que el Noni observó las estrellas y aseguró que el mar era una tarde con campanas. Y fue como si los campanarios de Vejer, y Arcos, y Morón, y Barbate, tañesen sus campanas al unísono, y llegase hasta Madrid el alboroto, y las ánimas del coro de Diego Jesús Jiménez, su colega entrañable, viniesen a reconocerlo como Antonio Hernández, el gran poeta andaluz comprometido con la lucha por la libertad, entrañado en una lírica de musicalidad precisa, de cadencia elegante, lejos de modas y culturalismos, lejos de la poesía con apellidos, de las ton-tunas sentimentales nuevas o viejas, de la experiencia y de otras zarandajas propias del 'marketing' y la publicidad.

El Noni, para los íntimos, murió en ese instante. Y Antonio Hernández, el poeta inmortal de Andalucía, dio en vivir ya para siempre.